# Guadalupe Curiel Defossé

Tierra incógnita, tierra de misiones y presidios

El noreste novohispano según fray Juan Agustín Morfi, 1673-1779

Miguel Ángel García Audelo (colaboración)

## México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas

2016

172 p.

(Serie Historia Novohispana, 98)

ISBN 978-607-02-8306-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/tierra\_incognita/noreste\_novohispano.html



DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria. Covoacán. 04510. Ciudad de México



# INTRODUCCIÓN

¿Qué fue el septentrión de la Nueva España durante los siglos de la dominación española? Fue una realidad vasta y compleja que no deja de inquietarnos. El norte virreinal en la historiografía mexicana ha sido y es uno de los aspectos de nuestra historia que ha llamado poco la atención de nuestros historiadores, particularmente de aquéllos que creen que la historia nacional de México se reduce a la ciudad capital y sus alrededores. ¿Por qué? La respuesta a esta interrogante puede ofrecer muchas dificultades al intentar aclararla.

Resulta que los siglos mexicanos en la literatura y la historia han volcado sus fuerzas a reducir la identidad a esta parte de nuestro territorio: los antiguos aztecas, venidos del norte, detuvieron su andar cuando avistaron el águila que Huitzilopochtli había profetizado como señal inequívoca del fin de sus andanzas y el principio de su dominio. Después de la conquista de México en el centro de los antiguos dominios de los mexicas, el virreinato comenzó a mirar hacia el norte. Hernán Cortés se embarcó hacia esa dirección y encontró el mar que hoy lleva su nombre. Durante la segunda mitad del siglo XVI, tuvo lugar la famosa guerra chichimeca, cuyo teatro de operaciones fue precisamente el norte y la cual terminó por impulsar la búsqueda de minas y la expansión de la cristiandad con la dificilísima tarea de anexar los errantes pueblos seminómadas de Aridoamérica. Al final del siglo XVI y durante casi todo el XVII, florecieron ciudades y poblados alrededor de aquellos puntos donde la minería atraía el interés de todo tipo de comerciantes. La dirección de este desarrollo también fue, naturalmente, el norte.

El siglo XVIII, según el espíritu crítico e ilustrado de la época, animó a los monarcas españoles a impulsar el envío de expediciones hacia allá con el fin de conocer mejor sus territorios. Entre los episodios más destacados está el de don José de Gálvez, impulsor de la Comandancia General de Provincias Internas, la cual comprendía las Californias, Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Coahuila y Texas, establecidas formalmente hacia 1776. En uno de sus recorridos por esa zona Gálvez perdió la razón y,



#### TIERRA INCÓGNITA, TIERRA DE MISIONES Y PRESIDIOS

en medio de la locura, imaginó ejércitos de simios que ayudaban a terminar con los indios rebeldes y protagonizó sucesos tragicómicos que en su momento ruborizaron a sus subalternos. Recuperada su salud mental, volvió a España para ser nombrado ministro de Indias; desde ahí pudo aplicar con vigor las reformas que no había terminado de consolidar en la Nueva España. En 1785, en virtud de los méritos que había acumulado durante su carrera al servicio de la corona, le fue concedido el título de marqués de Sonora, aquel lugar que, paradójicamente, le hizo delirar durante el cumplimiento de la gigantesca tarea que significó llevar a efecto las reformas borbónicas. Después, sobrevino la severa crisis del sistema imperial, aguzada por la influencia revolucionaria francesa de 1789 y el impacto de este fenómeno en la conciencia novohispana de la primera década del siglo XIX.

La Independencia no sólo causó alarma cuando la libertad se sembró en el Bajío y esparció sus estruendosos gritos de dolor por toda la Nueva España. Los diez años que duró la contienda sólo se centran en la región más conocida del actual México. ¿Por qué? En este punto, vuelve a llamar la atención el silencio de la historiografía respecto al norte. La última parte de la secuencia épica de Miguel Hidalgo terminó hacia 1811 en Acatita de Baján, en el actual estado de Coahuila. Este ciclo sólo sellaría de forma definitiva su destino cuando, destronado, exiliado y retornado sin ser redimido, Agustín de Iturbide fue fusilado en Padilla, en el actual estado de Tamaulipas. En los años siguientes, parte de esta zona acapararía la atención, tristemente, no de los mexicanos, sino de sus vecinos que llevaban exactamente sesenta años de vida independiente.

Hacia 1780, los Estados Unidos ya habían puesto sus ojos en los territorios desprotegidos de la Nueva España. Thomas Jefferson, en 1804, recibió en Washington a Alexander von Humboldt como huésped de honor, pues estaba interesado en conocer las conclusiones a las que éste había llegado luego de haber visitado América de Sur y, sobre todo, el territorio novohispano. Sus diligencias tuvieron éxito. Albert Gallatin, entonces secretario del Tesoro de Estados Unidos, se encargó de pedirle personalmente a Humboldt los mapas de México que éste tenía para hacer varias copias; sin embargo, nunca se los devolvió a pesar de que el polímata prusiano se lo recordó a través del propio James Madison. Desde entonces las intenciones estaban más que claras. 1836 fue el comienzo del fin: una guerra destinada a perderse por la inadecuada dirección de Antonio López de Santa Anna y los desórdenes en la vida civil mexicana propiciaron la irremediable pérdida de Texas, que apenas había declarado su



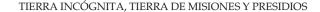
(



independencia y ahora clamaba su anexión al país vecino, situación que incomodó permanentemente a México y fue objeto de una larga disputa de infinitos alcances que todavía hoy son motivo de polémica.

Con todo, el desastre mayor vendría diez años después. México, turbulento y tambaleante, se desmoronaba de forma dramática. La discusión sobre si un sistema federalista o uno centralista era el ideal agotaba las arcas de la nación y la paciencia de aquéllos que conformaban esa relativa mayoría que deseaba ser un país próspero. Aunque estados como Chiapas se inclinaban por seguir perteneciendo a México, otros como Yucatán proclamaban su independencia. Mientras tanto, más al norte Santa Anna castigaba a Zacatecas cercenándole el pedazo más preciado de su territorio para dar lugar a la creación de Aguascalientes. La historia cuenta que esto se debió a que el estado se levantó contra el sistema centralista. Por su parte, otros dicen que se debió a un supuesto y afortunado beso que doña María Luisa Fernández Villa de García Rojas dio al dictador para que éste convirtiera ese territorio en estado a finales de 1836. Cualquiera que haya sido el motivo, el hecho era un síntoma inequívoco de la desestabilización generalizada que vivía México en la década de 1830 y que lo llevaría a un paulatino debilitamiento. El país pudo salvarse cuando Francia envió sus tropas para hacer justicia a un puñado de ciudadanos -entre los que se encontraba un pastelero por el que se dio el famoso nombre de "Guerra de los pasteles" a esta intervención militar donde Santa Anna perdió una pierna—, pero no sucedió lo mismo cuando Estados Unidos lo invadió nueve años después.

Nuevo México, la Alta California y la formal anexión de Texas fueron los botines más preciados de la dolorosa guerra de 1847. El norte de México, luego de más de veinte años de vida independiente, cobraba ahora una importancia inusitada. La desordenada campaña de Santa Anna y sus generales tuvo episodios luminosos, como la derrota propinada a los estadunidenses en La Angostura. Sin embargo, por sí misma no fue suficiente para contrarrestar el poder de una nación disciplinada y segura de sus objetivos, los cuales, si bien pudieron haber sido ilegítimos, eran claros y pujantes. El ignominioso izamiento de la bandera estadunidense en el antiguo palacio virreinal —aquél desde donde a finales del siglo XVIII el marqués de Branciforte ideó fortificar precisamente los puntos más vulnerables del territorio ante una eventual invasión inglesa— así como la humillante firma de los tratados de Guadalupe-Hidalgo fueron el final de una larga angustia que terminó en una sensible desmoralización y la pérdida no sólo de la mitad del territorio, sino también de cierta seguridad





del gobierno mexicano en los años venideros. Después de esto, el país quedaba mutilado igual que su presidente.

Seis años después, en 1853, sucedía la venta de La Mesilla, zona perteneciente a los estados de Sonora y Chihuahua, como parte del proyecto de construcción de un ferrocarril transpacífico a lo largo del sur de los Estados Unidos y también de la avaricia pecuniaria del mismo Santa Anna para tratar de sostener su moribundo gobierno. Así terminaban las ambiciones de los estadunidenses sobre México, pero no porque su hambre territorial estuviera saciada, sino porque lo último que deseaban era la fatiga de una segunda expulsión de los mexicanos de aquellas comarcas que no habían alcanzado a devorar. La experiencia inglesa del siglo XVII en las antiguas colonias había dejado sus dividendos.

La caída de Su Alteza Serenísima y la disputa entre liberales y conservadores daría paso a una nueva etapa histórica. Los antiguos caudillos de la Independencia habían desaparecido y una nueva generación de estadistas irrumpía vigorosamente. El trauma de la derrota contra el vecino del norte había generado entre los mexicanos la convicción de que había que cuidar lo que restaba de la antigua Nueva España, al menos en términos geográficos, porque los liberales estaban decididos a terminar con uno de los elementos que más recordaban al antiguo régimen: la Iglesia. El ataque de las Reformas a esta institución fue el epicentro de un movimiento en el mundo de la política que terminaría por derribar parte de la estructura eclesiástica. Quienes estaban convencidos de la utilidad de conservar la herencia novohispana fueron los primeros en reaccionar. Así, con estas causas profundas que tocaban los aspectos más sensibles del pueblo mexicano, como la religiosidad, comenzó una guerra cuyo aparente término fue la atracción de las fuerzas imperiales europeas que impusieron una corte y un imperio imaginarios.

El viejo sueño del sobrino de Napoleón Bonaparte de lograr un imperio latino se haría realidad. Los conservadores, parcialmente derrotados, acudieron al palacio de las Tullerías para obtener el favor de Napoleón III, emperador de los franceses, y salvar, mediante la intervención, la sagrada herencia de tres siglos y medio de historia. El interés combinado de estas acciones propició varias víctimas: la primera fue la soberanía nacional; la segunda, el gobierno legalmente establecido; y la tercera, un noble liberal con aires románticos y pletórico de ideales casi irrealizables: Maximiliano de Habsburgo. Terminada la campaña contra México, donde el episodio más recordado fue la gesta de Ignacio Zaragoza, se estableció eso que ha dado en llamarse Segundo Imperio Mexicano.







Ante estas circunstancias, el último refugio seguro de la república de Benito Juárez también fue el norte. Sin embargo, la victoria del ejército del "pequeño Napoleón" fue fugaz, pues la Prusia de Bismarck avanzaba hacia el oeste de Europa y sus ejércitos estaban tan próximos a las fronteras francesas que el sobrino incómodo del fundador de los napoleónidas terminó por llamar a sus tropas activas en la campaña mexicana para tratar de contrarrestar este avance. Años más tarde, en 1871, su imperio perdería la guerra ante los prusianos, pero mientras luchaba por mantener su hegemonía en Europa abandonó a su protegido Maximiliano de Habsburgo para condenarlo a la trágica historia que conocemos. La acompasada victoria de la República, que avanzaba desde el septentrión, cubrió de gloria su propia historia cuando Maximiliano murió fusilado al pie del Cerro de las Campanas y culminó el 15 de julio de 1867 cuando Juárez entraba con su ejército en la ciudad de México. De la Segunda República nació el Porfiriato, y de esta pax augusta se gestaría la primera revolución del siglo XX y la más importante transformación de México en los últimos 104 años: la Revolución mexicana.

Ésta, la Revolución, también vino del norte, pero de uno deseoso de participar en la administración del gobierno y de ser protagonista de la vida nacional. Por primera vez, el norte mexicano daría su personalísimo sello a la historia mexicana no sólo con el inicio de la revolución en la persona de Francisco I. Madero, sino con toda la dinastía sonorense de políticos que no terminaría sino hasta 1934 con el ascenso de Lázaro Cárdenas, la expulsión del país del "Jefe Máximo" y su exilio también en el norte, esta vez en los Estados Unidos, donde finalmente murió en 1945.

Desde entonces a la fecha, la zona norte de nuestro país se ha transformado de manera tan sutil y profunda que a veces cuesta trabajo reconocer hasta dónde llega su mexicanidad. Dentro de todo, ha conservado algo que se mantiene invariable: su complejidad. La cercanía con Estados Unidos la ha influenciado de tal modo que en ambos lados de la frontera se ha creado una suerte de nueva identidad difícil de comprender y más difícil aún de conceptuar historiográficamente. Ello es una labor complicada, pero no imposible. El breve análisis llevado a cabo hasta este punto ha tratado de dar una idea de la historia de esta región para así poder comprender por qué en estas latitudes desde donde escribo se ha olvidado aparentemente la importancia del norte, tanto novohispano como mexicano —centralista, federal o imperial—, el cual no ha dejado de dar notas de interés como la que a continuación presentaré.



#### TIERRA INCÓGNITA, TIERRA DE MISIONES Y PRESIDIOS

Por principio, creo hallar la respuesta a tal despropósito en la historia misma. La Nueva España tuvo como eje de su historia y de su política en todos los ámbitos a la ciudad capital. Trescientos años de hegemonía pesaron en el desarrollo del México independiente, mientras que la experiencia de una guerra que terminó en la pérdida de la mitad de su territorio norteño generó un trauma tan profundo que se prefería olvidar el suceso para borrar disimuladamente el hecho de que alguna vez Texas, Nuevo México y California fueron tan mexicanos como Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, Coahuila y Sonora. El norte tuvo una dinámica distinta desde los primeros contactos con los europeos que salían del centro del virreinato para tratar de hallar aquellos míticos lugares que sólo la imaginación medieval pudo concebir. El norte fue de interés para la corona española, la cual estuvo preocupada por la anexión total en términos políticos, económicos, sociales y sobre todo culturales debido a todo lo que ello significaba a nivel del sistema imperial que era España. El norte, que siempre fue tierra de misión, conservó vivas las andanzas religiosas que para el siglo XVIII habían desaparecido desde hacía mucho tiempo de Mesoamérica, donde los franciscanos brillaron por su magnífica perseverancia. En cada presidio establecido a lo largo de una larga línea que iba de Texas a las orillas de la Alta California, el elemento religioso estaba indisolublemente vinculado a esta tarea imperial, promovida vigorosamente durante los reinados borbónicos en la España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII. El impulso que las autoridades reales dieron a estas misiones en Texas y Nuevo México fue de tal magnitud que ha dejado una cantidad impresionante de documentos —entre correspondencia, relaciones, mapas, informes y muchos más papeles—, cuyo estudio no se agotaría ni con una ni dos generaciones de historiadores que se especializaran en tales sucesos.

En este marco se inserta el presente ensayo sobre la diversa información contenida en la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas:* 1663-1779¹ y las *Memorias para la historia de la provincia de Texas*², del franciscano español fray Juan Agustín Morfi (1735-1783). El eje rector de este trabajo parte de una aproximación para explicar una parte de la realidad norteña que abarca no sólo la provincia de Texas,

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Manuscrito contenido en el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México —AFBNM—. Existe una edición moderna con una transcripción paleográfica, edición, prólogo, notas y apéndices de Guadalupe Curiel Defossé, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, 330 p.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Manuscrito resguardado por la Real Academia de la Historia de Madrid.



### INTRODUCCIÓN

13

sino también algunos estados que hoy forman parte de nuestro país. La explicación de esa realidad no puede ignorar la importancia de los territorios vecinos que le daban sentido a esa región y que la hacían legítima parte del imperio español, como ha querido ver cierto autor haciendo de todo esto sólo una existencia nominal en los informes y relatorías de los funcionarios virreinales. Así pues, teniendo en consideración estos aspectos, adelantaré que, más allá de la descripción de hechos y lugares, el objeto de atención es el análisis de la forma en que fray Juan Agustín concibió toda una realidad —la del noreste novohispano en sus más dilatadas extensiones— así como sus conclusiones, las cuales hoy dan respuesta a muchas inquietudes sobre nuestra historia norteña.

Π

El origen de mi interés por el noreste novohispano, cuya historia acabo de dibujar de manera sucinta, se remonta a la década de 1990, cuando resolvía la instrumentación de una bibliografía comentada sobre la historia de Texas durante la época virreinal. En las búsquedas nominales de contenido y documental, apareció el nombre del mencionado fray Juan Agustín Morfi, natural de Oviedo y avecindado en la Nueva España hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Sus menciones a lo largo de dos siglos de bibliografía así como la existencia de una serie de manuscritos de su pluma y de otros tantos atribuidos a él permitieron pergeñar la imagen de un religioso con inquietudes intelectuales que rebasaban las actividades de su ministerio y que se veían aumentadas exponencialmente tanto con las lecturas que realizó en el Convento Grande de San Francisco de México como con las experiencias que vivió durante sus viajes a través del septentrión novohispano a lo largo de cuatro años. La mayoría de sus documentos con apuntes de diversa índole, definitivos unos, apenas esbozados otros, son resguardados por el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México.

La revisión cuidadosa de sus obras permitió señalar con merecida razón a este hombre como un verdadero humanista cuyo impacto todavía no se termina de percibir, un humanista con una clara concepción de su propia realidad histórica y con los instrumentos sapienciales suficientes para tejer con maestría el relato sostenido de una historia que en su época no se terminaba de escribir, es decir, la del noreste de la Nueva España. Identificados estos elementos, tuve la suerte de formar parte del Seminario





de Análisis Historiográfico de Álvaro Matute, impartido en la Facultad de Filosofía y Letras, donde recibí una dirección tan afortunada que facilitó el proponer un ensayo de análisis historiográfico aplicado al manuscrito *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas*, denominado así por Ignacio del Río durante la catalogación que llevó a cabo en la década de 1970. La importancia de Morfi en la historiografía novohispana apenas había sido advertida en aquel momento. En los medios mexicano y español había recibido poca atención en comparación con otros autores como Clavijero o Cavo, mientras que en el estadunidense el interés había ido en aumento no sólo por obvias razones históricas, sino también debido a una llamada de atención de Carlos Castañeda, quien tradujo y publicó en Albuquerque, Nuevo México, una versión al inglés de la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas* (1673-1779) con el título *History of Texas*, 1673-1779.

El seguimiento de la historia sobre este religioso y su obra aumentó más todavía mi interés. Llamó poderosamente mi atención el hecho de que existiera tan poca literatura de este tipo sobre el norte novohispano y luego mexicano a pesar de la dinámica interesantísima que éste manifestó sobre todo a partir de finales del siglo XVII. Parecería que el noreste heredado por México de la Nueva España había propiciado el olvido de su pertenencia al antiguo virreinato luego de su separación de México en 1836 y de su anexión definitiva a los Estados Unidos antes de que terminara la primera mitad del siglo XIX. Aquí me permito volver a mencionar una idea expuesta antes: daba la impresión de que el trauma de la guerra contra los estadunidenses había favorecido el sentimiento de negación de pertenencia al convulso México. ¿Sería acaso esta imprecisa imagen la que explicaba la escasa alusión a la historia del noreste virreinal? ¿El impacto de la desintegración territorial había sido de tan grandes magnitudes como para provocar en la historiografía posterior esa aparente indiferencia? La obra de Morfi podría responder a la primera pregunta; la historiografía decimonónica, a la segunda.

De acuerdo con Peter Gerhard, autor de un compendio sobre la geografía novohispana septentrional, en ninguna otra posesión americana la presencia hispana fue tan débil como en Texas en virtud de que el proceso de colonización del norte de México fue sumamente complejo, entre otras razones porque no fue tan sistemático como el experimentado en Mesoamérica. Buena parte de los avatares de este experimento se ve reflejada en el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México, fondo de enorme interés que da cuenta parcialmente de los procesos de





exploración, colonización y evangelización que llevaron a cabo en las llamadas Provincias Internas de la Nueva España tanto los militares como los hermanos de la Orden de San Francisco desde mediados del siglo XVI hasta las primeras décadas del XIX.

Esta especificidad temática del Archivo Franciscano lo convierte en una fuente de primera mano para la recuperación e interpretación de uno de los episodios más complejos de nuestra historia: la ocupación española de los territorios novohispanos septentrionales. Es un rico yacimiento de información relacionada con la historia colonial de México, pues contiene abundante documentación sobre los actuales estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Baja California, Durango, Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León, así como sobre los estados estadunidenses de Nuevo México, California, Arizona y Texas. Además, dicho *corpus*, por la abundancia de documentación dieciochesca, es un reflejo del proyecto expansionista español que tuvo lugar en las Provincias Internas a partir de las reformas borbónicas.

Vista la importancia de este repositorio, ocuparé las siguientes páginas para el estudio de una de sus piezas más valiosas: la mencionada *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas*, que es un recuento de los principales acontecimientos de la historia de Texas de 1673 a 1779. El encuentro con esta pieza única me generó muchas preguntas acerca de la naturaleza textual que guardaba. Era imperativo entonces llevar a cabo un análisis detallado de sus elementos constituyentes, máxime si había un interesante contraste con las *Memorias para la historia de la provincia de Texas*. La existencia de dos textos sobre un mismo asunto histórico generaba la pregunta: ¿cuáles eran los objetivos de este doble esfuerzo? La historia del personaje ilumina un poco estos afanes.

Las primeras investigaciones de Ricardo Sánchez Flores permitieron dejar asentados tanto el origen como la entrada de Morfi a la Nueva España de la segunda mitad del siglo XVIII. En 1760, Juan Agustín Morfi recibió su hábito franciscano. A partir de entonces comenzó el cultivo de las letras en la librería del Convento Grande de San Francisco de México, cuyo archivo, repleto de informes de todo tipo, despertó su curiosidad por saber de dónde provenían tantos legajos y papeles con noticias maravillosas, particularmente del noreste novohispano, que daban lugar a un sinfín de imaginerías propias de las más ardientes fiebres de los exploradores del siglo XVI. ¿Qué ofrecía el archivo franciscano que tanto agradaba al fraile? ¿Cuáles eran sus preferencias como atento lector de los manuscritos que ahí se resguardaban? Al parecer ahí encontró el impulso primigenio de la evangelización de los naturales. El siglo XVIII





ya no ofrecía gestas como las descritas por los primeros cronistas de su orden apenas iniciada la conquista espiritual.

Sin embargo, el atisbo de una increíble aventura por parte de sus hermanos de religión no dejaba de asombrarle. Sus constantes consultas archivísticas, con toda probabilidad, le habían permitido hacerse una idea más o menos clara de lo que era el norte de la Nueva España. Los detallados informes y cartas ofrecían datos específicos sobre las poblaciones, las distancias, los productos, el clima y la naturaleza de las regiones que Morfi sólo podía concebir con bastante imaginación. Los mapas que seguramente vio, unos más exactos que otros, le revelaron el espíritu indomable con que todavía tenían que lidiar los misioneros y los militares en aquellas zonas distantes. El avance ralentizado por las peculiares circunstancias históricas del norte novohispano y la diferencia esencial respecto al sur, que era más conocido, dotaron a las Provincias Internas de un toque exótico ya advertido por los jesuitas que se atrevieron a ir hacia el noroeste. Los franciscanos, que marcharon en otra dirección, apuntaron algo similar. El eco de sus hazañas y el deseo de comprender aquella dinámica que no se parecía en nada a la que él contemplaba en la centralidad de la capital novohispana fomentaron el desarrollo de una ordenación sistemática de todo lo que leía. Los numerosos traslados de su propia mano y las copias de documentos encontrados en su celda cuando murió prueban esta afirmación.

Mientras devoraba sin cesar toda la información contenida en dicho archivo, Morfi seguía con sus labores religiosas y oratorias, de las cuales surgieron algunos sermones acabados que tuvieron el privilegio de ser impresos y reimpresos en sus días. Para la década de 1770, su fama como maestro y hombre de saber ya había traspasado las gruesas paredes del convento. Hacia 1777, cuando su prestigio estaba en apogeo, llegó Teodoro de Croix con el objeto de hacer realidad el proyecto de José de Gálvez: la Comandancia General de las Provincias Internas, cuya capital se establecería en la villa de Arizpe, Sonora.

Aun cuando en un principio no debió parecerle muy de su agrado dejar la relativa comodidad que la ciudad de México le ofrecía, acompañó esta expedición primero en calidad de capellán y luego de secretario de Teodoro de Croix. El diario³ que nos dejó apunta que salió de México el 4 de agosto de 1777 a las nueve y cuarto. Al mismo tiempo que las ruedas de su carruaje avanzaban sobre los incómodos caminos, la tinta de su

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Juan Agustín Morfi, *Diario y derrotero* (1777-1781), ed. de Eugenio del Hoyo y Malcolm D. McLean, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1967, 472 p.



pluma corría sobre el papel para no olvidar los rigores de su trayecto. En su narración detallada, ácida y precisa de dicho viaje se encuentran sus más íntimas opiniones y abundan las descripciones de lugares, las curiosidades, los falsos prodigios, los embusteros y los audaces personajes. Nada escapó a su aguda mirada e increíble intuición. Gracias a ello, en su relato pueden hallarse desde la mejor forma de reanimar la economía de las ciudades hasta el mal gusto con que se adornaban las iglesias de los pueblos, la miserable condición de los naturales y los tonos de los cielos de cada provincia. Todas esas impresiones que iba registrando servirían de material para ofrecer un contraste con lo que encontraría más al noreste, lo cual explica en buena medida la riqueza del contenido que hallé en las páginas de su *Relación* y de sus *Memorias*.

Sin embargo, sus propios análisis no estarían completos con la sola mención de sus anotaciones. Una gran cantidad de impresos y fuentes, tanto antiguas como recientes, conforman los puntos de contraste con la historia que narran. Mediante una selección llevada a cabo desde el punto de vista histórico, geográfico y hasta religioso de los diarios, las relaciones y los informes generados en los siglos XVII y XVIII, Morfi mantiene un permanente diálogo con ellos, a veces armónico, otras veces más airado y sarcástico. Este intercambio entre el fraile y sus fuentes me dio la oportunidad de conocer cómo procedió en la elaboración de sus textos, los cuales pueden ser considerados, sin lugar a dudas, obras historiográficas en su más pleno sentido.

La composición, las fuentes, la estructura y la narración de sus textos, así como las secuencias interpretativas sobre el noreste novohispano que en ellos se encuentran, elevan a Juan Agustín Morfi a la categoría de historiador y no sólo a la de un cronista —sin demeritar el trabajo de los que en esa categoría están señalados—. Rescatar al personaje, al historiador y a sus obras me pareció impostergable, ya que hacerlo facilitaba reconocer la importancia de su aportación, la cual reside fundamentalmente en el descubrimiento de una atractiva historia poco conocida por los propios novohispanos. La difusa noción del lejano noreste hacía difícil el poblamiento hispánico y novohispano de esos territorios que a la larga terminarían por perderse. Ello explica el constante interés de las autoridades reales en trasplantar familias procedentes de Canarias y el centro de Nueva España para ocupar un territorio tan retirado, así como en contrarrestar la presencia de ingleses y franceses cuyas incursiones fueron detalladas por el abate Prévost, con quien Morfi discute frecuentemente en sus escritos.



#### TIERRA INCÓGNITA, TIERRA DE MISIONES Y PRESIDIOS

He aquí la importancia de conocer los motivos y los propósitos que un personaje como fray Juan Agustín Morfi tuvo para escribir la historia de Texas en los cuatro años que duró su viaje. La estructura, la expresión y el estilo de su narrativa revelan mucho acerca de los intereses que movían esta empresa que parecía inviable, aunque absolutamente legítima y necesaria para la corona española. El análisis historiográfico, perfectamente aplicable en la *Relación* y las *Memorias*, dio como resultado una representación de la idea que el franciscano tuvo sobre el noreste para apropiarse de él, al menos desde el punto de vista histórico a través de su discurso.

Cuando regresó a México, en junio de 1781, Morfi se dedicó a ordenar sus recuerdos y a precisar sus informaciones con la buena distancia que dan el tiempo y el sosiego. Una nota al final de las *Memorias para la historia de la provincia de Texas* apunta que murió en su convento el 20 de octubre de 1783 sin haberlas concluido, lo que es una lástima. Seguramente había muchas opiniones e ideas de utilidad para conformar la historia de esta parte de la Nueva España. Por fortuna, los documentos que legó y los estudios como el que se presenta a continuación permiten completar parte de sus afanes, mismos que no concluyen y que invitan a continuar el estudio de un personaje tan singular como lo fue fray Juan Agustín Morfi.